

## PRIMERA CONSTITUCION

Dado el grito de independencia en la capital del Virreinato, y coadyuvado éste por el Cabildo en la memorable noche del 20 de Julio de 1810, lo primero en que se pensó, como era natural, para afianzar la emancipación de la metrópoli y asegurar vida propia a la nascente soberanía, fue en organizar un cuerpo colegiado que encauzara las corrientes de la pública opinión, fijando las bases de un sólido edificio administrativo, y expidiera los actos más esenciales al nuevo mecanismo político, cuya implantación acababa de iniciarse por un solo brote de la primera y más acorde manifestación de la voluntad nacional.

Aquel famoso *Cabildo Extraordinario*, en cuyo seno halló eco patriótico el entusiasmo popular, asumió en los primeros momentos la augusta misión representativa, y formó de sus miembros y de los ciudadanos aclamados por el pueblo la *Junta Suprema de Santafé*, que dio principio a sus tareas suscribiendo la inmortal Acta de Independencia, la cual debe tenerse como el primer paso, vacilante y peligroso si se quiere, del Derecho Constitucional colombiano.

Para poder ejercer el mando supremo como cuerpo legislador, ya hemos visto que la Junta estableció su reglamento dividiéndose en secciones destinadas al servicio de cada ramo de administración, y eligiendo para ellas el personal más competente entre los caudillos del movimiento.

Mas como todo aquello tenía el carácter de provisional, nacido sólo de las apremiantes circunstancias del momento, y como, por otra parte, ni la Junta podía atender simultáneamente a los gravísimos asuntos que el nuevo orden de cosas presentaba, ni la credencial de sus miembros parecía suficiente para entrar de lleno a establecer las bases constitucionales del país, acordó la misma Junta Suprema dirigirse a las otras Provincias para que hiciesen la elección de sendos diputados a las *Cortes del Reino*, con el fin de formar en la capital un Congreso Constituyente, el cual había de ejercer la autoridad soberana que la Junta había asumido, y expedir la Carta Fundamental que de día en día se hacía más necesaria.

Como la transformación política hacía sus progresos y la causa de la independencia se extendía rápidamente en toda la Nación, viéndose nuestros padres ya dueños de sí mismos, resolvieron formar una base de principios que los rigiera y que fuera el derrotero que les habría de servir en sus ulteriores providencias.

Ya para entonces Cartagena, Tunja, el Socorro, Pamplona, Girón, Cali, Mompox y otras ciudades no menos importantes de las comarcas que hoy forman los departamentos principales de la República, habían suscrito sus respectivas Actas de Independencia, secundando el movimiento de Santafé, que para el desarrollo de la labor general emancipadora fue decisivo. De aquí que la Junta Suprema de la capital del Virreinato propusiera la formación en ésta de un Cuerpo Constituyente de Cundinamarca, compuesto de un diputado por cada Provincia, lo que habría producido verdadera homogeneidad a los esfuerzos aislados que cada una de ellas pudiera hacer en pro de la causa común.

No todas las provincias correspondieron a la excitación de la Junta de Santafé: el espíritu de independencia

había ido demasiado lejos, y algunas de ellas, las más distantes de la capital, organizaron sus juntas seccionales, desconociendo la autoridad de aquella Junta Suprema, celosa de su hegemonía. Como si desde el principio de nuestra vida independiente hubiéramos sido condenados a pasar de un extremo a otro extremo, de un error a otro error, quísose llegar como *per saltum* del despotismo exagerado a la exagerada federación. Acaso la tiranía española había tocado a sus límites, y quienes la estaban sufriendo miraban con horror todo lo que indicara sujeción a un poder unitario, concentrado en determinada colectividad; acaso el ejemplo reciente de la oposición entre las juntas de la metrópoli cuando proclamaban la soberanía de Fernando VII y rechazaban la intrusión de Bonaparte; acaso, en fin, la imitación servil de los principios reinantes en los Estados Unidos, produjo el espíritu de exagerada federación. Es lo cierto que cada Provincia quiso hacerse soberana, gobernarse sola, vivir vida independiente. Algunas de ellas se confederaron, otras funcionaron aisladas, y aun hubo varias que se declararon enemigas de Cundinamarca, permaneciendo aferradas a los principios realistas. Nació entonces la rivalidad; el germen de la discordia principió a producir sus venenosos efectos; el exceso de federación engendró la anarquía: era aquello una máquina descompuesta, descompuesta antes de montada, en que cada rueda funcionaba por separado sin concierto con las otras ni producción de la fuerza de defensa, que sólo en la unión y en la armonía hubiera podido realizarse.

Tan desatentado procedimiento fue sin duda consecuencia lógica del sistema colonial que, ahogando por completo la vida política de las secciones, debió despertar emulaciones y hasta odios en el primer momento de respiro. Así las Provincias se dividieron respecto a la in-

vitación de Santafé, y desde aquí comenzaron las soberanías con sus rivalidades, lo que fue causa de que en vez de unir sus fuerzas o confederarse verdaderamente para solidificar el nuevo sistema, se hicieron completas la desunión y la anarquía, en tales términos que poco faltó para que se perdiera por completo el fruto de la revolución comenzada el 20 de Julio.

A tal estado llegaron las cosas, que sin más vacilación formaron juntas independientes Cartagena, Antioquia, Citará, Popayán, Cali, Neiva, Mariquita, Pamplona, Casanare y Tunja. En aquellos tiempos de continuas rivalidades y de ignorancia en el manejo de la cosa pública, olvidando por completo el peligro que las amenazaba, se dieron las Provincias a discutir utopías ridículas y peligrosas de independencia seccional, separándose y desmembrándose los pueblos unos de otros hasta aniquilarse. Cartagena, que aspiraba a figurar como plaza fuerte, y naturalmente recelosa de que Santafé quisiera apropiarse la soberanía, rechazó su invitación y a su vez excitó a las Provincias a la reunión de un Congreso en Medellín, proponiendo la forma federal como la sola capaz de hacer la felicidad pública.

Impugnando este proyecto don Antonio Nariño en un opúsculo que aceptó la Junta de Santafé, decía entre otras cosas:

En el estado repentino de revolución se dice que el pueblo reasume la soberanía; pero en el hecho ¿cómo es que la ejerce? Se responde, que por sus representantes. ¿Y quién nombra estos representantes? El pueblo mismo. ¿Y quién convoca este pueblo? ¿Cuándo? ¿En dónde? ¿Bajo qué fórmulas?

Esto es lo que, rigurosa y estrictamente arreglado a principios, nadie sabrá responder.

Un movimiento simultáneo de todos los individuos de una Provincia, en un mismo tiempo, hacia un mismo

punto y con un mismo objeto, es una cosa puramente abstracta y en el fondo imposible. El que hemos visto practicado ahora entre nosotros por la verdadera ley de la necesidad: apropiarse cierto número de hombres de luces y de crédito una parte de la soberanía para dar los primeros pasos, y después restituirla al pueblo.

Cartagena sostenía, para elegir a Medellín como residencia del Congreso, que era preciso evitar el influjo que sobre él pudieran ejercer las luces de la capital. Nariño decía, en su réplica, que el "influjo de las luces nunca podía perjudicar los intereses locales de las Provincias, y que por el contrario, tenían gran necesidad de ellas."

El Socorro, dominado también por peligrosas ideas, proponía la federación conforme al modelo de los Estados Unidos. Pero entonces el doctor Ignacio Herrera, Procurador General de la ciudad de Santafé, rebatió la proclama en que tal se proponía con aquella su pluma de aventajado jurista.

Un plan sedicioso —dice— se presenta con su aspecto agradable, con imágenes las más bellas y con beneficios aparentes. El autor oculta sus intenciones proditorias, su egoísmo y fines particulares a que lo dirige. Los pueblos se dejan fascinar, y arrastrados por una falsa brillantez, caen en el lazo de que después no pueden escapar.

El sistema federativo, bien lejos de ser útil en las circunstancias actuales, prepara una ruina absoluta a todos los pueblos. El no se puede organizar sin una perfecta igualdad en las provincias, que extirpe los celos y las asegure del poder de otra que aspira a conquistarlas. Exige fondos bastantes en cada una para sus propias necesidades: fundación de colegios, academias, talleres, tribunales superiores que decidan en último recurso sus discordias, y una tropa reglada que la defienda de cualquiera invasión. Si Napoleón o su hermano José, que se titula Rey de estos vastos dominios, nos acometen, ¿qué hacemos? ¿A dónde ocurrimos cuando se nos dé noticia de que el tirano Abascal, Virrey de Lima, que hoy se prepara contra Bue-

nos Aires por haber enarbolado el estandarte de su libertad, viene sobre Quito para internarse y dirigirse a esta capital? Las provincias no responderán entonces que sus fondos los destinaron a sus propias necesidades y que no tienen sobrante alguno. La conquista la adelantará el enemigo, y el sistema que ahora es inmaturo nos hará perder nuestra libertad.

Algunas ciudades y villas de nuestro Reino tienen bajas que, embriagados con el poder que se han buscado con sus riquezas, pretenden la independencia para colocar en los empleos a los de sus familias y continuar de este modo en la tiranía. Ellos son los que la persuaden porque están acostumbrados a tener pendientes de sus labios a los pobres del pueblo.

Yo no puedo tocar este punto sin que sienta correr por medio de mis venas un justo furor que me exalta la bilis porque me presenta la imagen de una negra ingratitud de unos hombres desnaturalizados, de generación de víboras.

A estas proféticas y fuertes expresiones se siguieron las que dirigió en análogo sentido don Frutos Joaquín Gutiérrez a la Junta Suprema de Santafé con ocasión de los mismos proyectos federalistas.

Mucho antes de que este pueblo generoso —dice en su discurso— me elevase al alto destino de representante suyo, depositario de sus derechos, meditaba y trabajaba ya por su libertad y la del Reino entero. Me pareció y la ilusión fue general, que éste seguiría los pasos de la libertad, y que el 20 de Julio, memorable en la historia, había rayado ésta sobre nuestro horizonte y despejado las tinieblas que impedían ver en el mapa del mundo al Nuevo Reino de Granada clasificado entre las naciones. Ochenta días han corrido: nuestra libertad está en problema y la felicidad nos es desconocida. Yo me creo obligado a pronunciar esta verdad por triste y amarga que sea, y por mucho que lastime mi corazón, pues veo en ella perdidos mis sacrificios, mis desvelos, y lo que es más, las esperanzas del bien común.

Yo no llamo Patria el lugar de mi nacimiento, ni el Departamento o Provincia a que éste pertenece. Acaso en este solo punto consiste el estado paralítico en que nos hallamos y del que ya es tiempo de salir si queremos librarnos de los males terribles que nos amenazan. El hijo de Cartagena, el del Socorro, el de Pamplona, y tal vez el de Popayán, no ha mirado como límites de su patria los del Nuevo Reino de Granada, sino que ha contraído sus miras a la Provincia o quizá al corto lugar en donde vio la luz. ¿Y lo ha hecho con justicia, lo ha hecho sin faltar a los deberes de la gratitud; lo ha hecho para la felicidad propia y del Reino entero? Yo no me atreveré a responder decisivamente en una materia en que se interesa el honor de las Provincias y que merece el más profundo examen. Sin embargo, el sistema político de la capital de Santafé parece que la pone a cubierto de toda imputación maligna; y si su conducta no ha estado exenta de defectos, yo creo que debieran ser perdonados y no sacrificarse a ellos la consolidación de nuestra libertad y la organización de nuestro gobierno.

Santafé ha cortado en su raíz el árbol de la tiranía, mientras que las otras Provincias apenas hubieran podido cortar algunas ramas que habrían visto luego renacer. Santafé, tomando generosamente sobre sus hombros la causa de todo el Reino, lo ha justificado a la faz del mundo; ha trabajado prodigiosamente en ligar todas sus partes, en formar un cuerpo robusto y darle un espíritu enérgico. Santafé ha llamado, sin pérdida de un momento y con el lenguaje tierno de la amistad, a todas las Provincias para que trabajen de acuerdo en esta creación gloriosa que Santafé había comenzado y no podía sino adelantar, mientras que aquéllas se reunían. Santafé, en una palabra, no tuvo la ruindad de limitarse a su Provincia y de concentrarse en sí misma a pensar pacíficamente en su existencia dejando a las demás que cuidasen de la suya propia, sino que, con miras vastas, hijas de su generosidad, grandeza e ilustración, trató de presentar al mundo una nación más respetable y feliz.

Las Provincias, desconfiadas unas; envilecidas otras, aquéllas orgullosas de su libertad, pero sin ilustración; éstas, vergonzosamente abatidas e interesadas; todas o

casi todas ingratas y sin política, han formado del Nuevo Reino de Granada un teatro oscuro donde se ven en contradicción todas las virtudes y todas las pasiones: la verdad, el error y sus funestas consecuencias. Entretanto, el descontento va cundiendo; el Gobierno va perdiendo opinión; el trabajo improbo de los verdaderos patriotas va siendo infructuoso y acaso perjudicial por no acomodarse a las circunstancias, y todos permanecen en una expectativa cuyo fin será espantoso.

En vista de tan anómala situación y de las divisiones y rivalidades que desde el principio empezaban a trastornar el orden político amenazando serias catástrofes, la Junta Suprema de Santafé resolvió expedir un Acuerdo sobre organización del Gobierno, para dar alguna solidez a su institución y adelantar la marcha de los negocios públicos con la siguiente reglamentación y las necesarias separaciones en el ejercicio de los poderes que la misma entidad había asumido de manera provisoria:

#### BANDO PROMULGADO EN SANTAFE EL DÍA 26 DE OCTUBRE DE 1810

De acuerdo con lo resuelto por esta Suprema Junta, en acta del 5 del corriente, a consecuencia de la representación que se le dirigió solicitando se estableciese Junta Provincial, se entró en la más seria deliberación sobre dar una nueva forma al Supremo Gobierno ya constituido, dividiendo los Poderes del modo más conforme a los principios de una sana política, sobre cuyo particular, en la sesión del día 24 del mismo mes, se resolvió lo siguiente:

1º Se formará un Cuerpo Ejecutivo en quien resida el alto Gobierno, eligiéndose un individuo de cada Sección, al frente de cuyo Cuerpo estará el señor Vicepresidente.

2º Este Cuerpo se renovará cada tres meses, eligiéndose por la Junta tres individuos de ella, que deberán reemplazar otros tres que saldrán de dicho Cuerpo Ejecutivo, subsistiendo en él el señor Vicepresidente con los otros dos señores vocales para que en ellos se conserve el espí-



ritu y las noticias de las resoluciones que se hayan tomado para evitar por este medio las inconsecuencias en que se podría incurrir.

3º Se suprimirá la Sección de *Policía*, y en su lugar se repondrá el Ilustre Cabildo, volviendo a sus antiguos oficios los señores que lo componían, sin perjuicio de sus honores y vocalidades, las Juntas Legislativas cuando puedan asistir sin hacer falta a otros oficios.

4º El Ilustre Cabildo, al fin del presente año elegirá sujetos que reemplazaren a los individuos de él, que fueron destinados para vocales de la Suprema Junta y proclamados singularmente, en el concepto de que debían salir del Cabildo al fin del año. Los nuevamente electos no tendrán representación, voto en el Cuerpo Supremo, habiéndose palpado la falta notable que hace al público el ilustre Ayuntamiento cuyas funciones se habían suspendido desde el 20 de Julio.

5º No quedando sino las Secciones de Estado, Eclesiástica, Guerra, Hacienda, Gracia y Justicia, el Cuerpo Ejecutivo constará de cinco vocales y el señor Vicepresidente, lo que terminarán en la forma referida en el Capítulo 2º.

6º Se igualarán en lo posible el número de individuos que deben componer la Secciones ministeriales.

7º Todo lo que se despacha en la presente por la Suprema Junta, se despachará por el Cuerpo Ejecutivo, adonde pasarán todas las correspondencias, memoriales, consultas y demás negocios pendientes.

8º Uno de los principales objetos del Cuerpo Ejecutivo será activar las providencias para que se verifique a la mayor brevedad la reunión del Congreso general, y mientras tanto dará curso a los negocios pendientes sobre la organización de provincias, conforme a lo acordado y que se acordare en Junta Suprema.

9º Podrá el mismo Cuerpo nombrar sujetos en propiedad para los empleos cuyo sueldo no pase de 500 pesos, proveyéndose los de mayor cuantía por la Junta.

10. Siempre que el Cuerpo Ejecutivo dude sobre los casos que ocurran, no encontrando su decisión en las leyes que nos gobiernan, consultará a la Junta General.

11. Dicho Cuerpo Ejecutivo tendrá dos secretarios para el despacho universal, el uno de *Gobierno, Gracia y Justicia*; el otro de *Estado, Guerra y Hacienda*, cuyos destinos servirán los dos actualmente Secretarios de Estado, eligiéndose por la Junta el que haya de serlo en esta Sección.

12. Dichos dos secretarios comunicarán las resoluciones que dimanen del Cuerpo Ejecutivo a las respectivas secciones donde se multiplicarán por medio de sus secretarios para comunicarse a los jefes de provincias, cuerpos y demás a quienes corresponda en observancia.

13. Los dos secretarios referidos sólo tendrán voto informativo en dicho Cuerpo en que debe ser perenne su asistencia y a disposición de la Suprema Junta; pero sí tendrán voto cuando concurran a las Juntas Legislativas.

14. El señor Vocal doctor don Antonio Morales servirá la Secretaría de la Junta Legislativa.

15. Este Congreso se ceñirá a hacer Leyes, Ordenanzas y Reglamentos generales para todos los casos que ocurran, sin contraerse a los particulares, comunicando todas sus resoluciones al Cuerpo Ejecutivo.

16. Se formará sólo el martes y sábado de cada semana.

17. Los individuos que componen el Cuerpo Ejecutivo durante su turno no tendrán voto decisivo, sino meramente informativo en la Junta Legislativa.

18. Por ausencia del señor Vicepresidente ocupará su lugar el señor Vocal don Juan Gómez, con título de Vocal designado.

19. Los trabajos de las Secciones se reducirán a formar planes y reglamentos en sus respectivos ramos, poniéndolos para que se sancionen en Junta Legislativa, dando los informes que se les pidan y suministrando las luces que sean de su resorte.

20. El Poder Judicial quedará enteramente separado de la Junta, organizándose a la mayor brevedad los Tribunales que deban ejercerlo.

21. Y no pudiendo prever desde ahora todas las modificaciones y reformas de que es susceptible este proyecto, se reserva la Junta Suprema quitar o añadir, según lo exijan las circunstancias.

22. Y habiendo igualado el número de individuos de cada Sección, se procedió a elegir los sujetos que en primer turno deben constituir el Cuerpo Ejecutivo, y resultaron electos los siguientes:

De la Sección de Estado, el señor don Manuel de Alvarez.

De la Eclesiástica, el señor don Nicolás Mauricio de Omaña.

De la de Gracia y Justicia, el señor don Joaquín Camacho.

De la de Hacienda, el señor don Luis Eduardo Azuola.

De la de Guerra, el señor don José María Moledo.

Secretario para el Despacho universal de Estado, Guerra y Hacienda, el señor doctor don Camilo Torres.

Para el de Estado, Gobierno, Gracia y Justicia, el señor doctor don Frutos Joaquín Gutiérrez.

Para la Sección de Estado se ha nombrado de Secretario al señor don José Acevedo.

Para la Eclesiástica, al señor don Francisco Gómez.

De la de Guerra, al señor don José Sanz de Santamaría.

Para la de Gracia y Justicia, el señor don Sinforoso Mutis.

Para la de Hacienda, el señor don José Martín París.

Todo lo que se avisa al pueblo para su inteligencia y que quede entendido de los desvelos y vehementes deseos de la Suprema Junta para establecer un Gobierno que pueda hacer felices a los habitantes de este Reino sometidos, y que se sometieren a su dirección.

Dado en el Palacio Consistorial de esta Suprema Junta en Santafé de Bogotá, a 26 de octubre de 1810.

DR. D. JOSÉ MIGUEL PEY  
Vicepresidente.

Por mandato de Su Excelencia,

*Eugenio Martín Melendro*

Una Asamblea de notables de la capital declaró legítimamente instalada la Junta Suprema de Santafé y válidos sus actos; pero esto no obstó para que las otras pro-

vincias siguieran mirándola con desvío. Varias de éstas declararon no reconocer otra autoridad que la de sus respectivas Juntas Supremas, dando así margen a la más perniciosa desunión y negándose desde luego a mandar sus representantes al *Congreso del Reino*. El ensayo de libertad que principiaba por fantásticas utopías, tenía que ir hasta la lucha de los partidos *centralista* y *federalista* en que se dividieron los próceres desde el principio, y dilatar por largos años el verdadero triunfo de esa libertad tan anhelada, pero tan mal entendida en los tiempos de la *Patria Boba*.

La Junta hizo de su parte lo que cumplía para la formación del Cuerpo Soberano, y eligió su Diputado en sesión de 6 de noviembre de 1810, según se ve en la siguiente acta:

Considerando la Suprema Junta de esta capital que nada es tan importante a la pública felicidad como la pronta formación del CONGRESO GENERAL DEL REINO, para que de acuerdo entre sus representantes se trate de proveer a la seguridad común, que comienza a ser amenazada por los partidarios del Tribunal de Regencia, que ha declarado en estado de bloqueo a la ilustre Provincia de Caracas, ha procedido en este día a la elección del sujeto que debe representar esta capital y su Departamento en dicha Asamblea General. La elección recayó por una pluralidad bien decidida en el señor don Manuel de Bernardo Alvarez, Vocal de la misma Suprema Junta, y en la actualidad miembro del Cuerpo Ejecutivo. Se decretó que su duración en dicho empleo de Representante fuese de tres años, gozando en este tiempo el sueldo de cuatro mil pesos. Se espera que las demás provincias del Reino, imitando el ejemplo de la capital, abrevien lo más que se pueda el envío de sus diputados, para que, reuniéndose en un punto la fuerza física y moral de todos los habitantes de la Nueva Granada, provean a la común defensa. No es de olvidarse que en opinión del célebre Mably esta Asamblea representativa fue la que salvó a

DEPARTAMENTO DE HISTORIA

Centro de Documentación

No. 1.220

los angloamericanos del furor europeo y de las desgracias que los amenazaban al tiempo de su revolución.

Como único remedio para semejante anarquía clamaban todos por la inmediata reunión de un Congreso en que se condensaran y resolvieran tan opuestas pretensiones; y aun cuando no bastaban los diputados presentes en Santafé para constituirlo, la Junta Suprema los excitó a que se instalasen, con la esperanza de atraer mayor número. Hiciéronlo así el 22 de diciembre, mas sólo con la presencia de los representantes de Mariquita, Neiva, Nóvita, Pamplona, Santafé y Socorro, que habían atendido al llamamiento de dicha Corporación, y bautizaron este primer Congreso con el pomposo nombre de *Alteza Serenísima*, siendo su presidente don Manuel Bernardo Alvarez, y funcionando como Secretario don Antonio Nariño.

Inició sus labores con el solemne juramento de todos sus miembros ante la Junta Suprema, de defender y conservar la Religión Católica y sostener los derechos de Fernando VII contra el usurpador de su Corona. En todos los actos públicos de los primeros años de aquella época que se llamó la *Patria Boba* se hacía la misma protesta de acatamiento a los fueros del *amadísimo Monarca*, más odiado que temido después por los pueblos en cuyo nombre se legislaba. Singular contraste entre la palabra oficial y la conducta de los súbditos, atribuido entonces al temor de una reconquista o a la pueril pretensión de un engaño, de una fingida obediencia que ni el pueblo en general aceptaba ni la Corona española podía reconocer como válida.

Este procedimiento fue más bien, en sentir de algunos publicistas, un acto de prudencia por lo delicado de las circunstancias, al propio tiempo que de hidalguía para

con el Rey cautivo, de quien algo bueno se esperaba para la suerte de los colonos. El mismo don Fernando VII se encargó no muy tarde de hacer vez a los nobles patriotas el engaño en que habían estado.

## ACTA DE INSTALACION DEL CONGRESO GENERAL DEL REINO

La Suprema Junta en su Cuerpo Legislativo ha resuelto lo siguiente: "En la ciudad de Santa Fé de Bogotá, del Nuevo Reino de Granada, a veintidós de diciembre de 1810, congregada la Suprema Junta en su Sala de Acuerdos, comparecieron en ella el M. L. Cabildo, los Jefes y Oficiales de todos los Cuerpos y un número considerable de sujetos de la primera distinción, y estando en ella, entraron los señores diputados de las provincias para el Congreso Supremo. Puestos todos en ceremonia, tomó la palabra el señor Vicepresidente de la Suprema Junta diciendo que esta respetable Asamblea se había convocado a fin de instalar en el día el Supremo Congreso, por cuya formación anhelaban las provincias y estaba deserta la capital y los amores de la Patria y de la felicidad común; que este día, memorable y tan glorioso como el 10 de Julio, debía ocupar un lugar prestante en los gloriosos fastos de nuestra libertad; que la unión deliciosa que vela demostrada en los dignos diputados de las provincias de Santafé, Socorro, Pamplona, Neiva, Nóvita y Mariquita, anunciaba su felicidad; que habiéndose convalidado a dicho señor Vicepresidente y al señor Vocal designado, por el examen y calificación de los poderes de los señores representantes de las provincias, habían hallado por honorarios los presentados por los de las referidas, y eran los mismos que estaban a la vista, y se leyeron brevemente por el presente Secretario; en su virtud, continuó diciendo, se debió proceder al juramento, y habiéndose pasado inmediatamente los dichos señores diputados, que lo son el señor doctor don Andrés Boullé, por la Provincia del Socorro; el señor doctor don Manuel Campos, por la de Neiva; el señor doctor don Manuel Bernardo Álvarez, por la de Santafé; el señor doctor don Camilo Torres, por